

BARBACOAS

Por: MIGUEL TRIANA

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 2, Volumen XII
Segundo Trimestres de 1954*

En la obscuridad de la noche la barranca, colmada de barbacoanos en carácter de chusma, nada nos había dicho de Barbacoas sino que su plebe es bochinchera y burlona. Al siguiente día, con la luz de la mañana, vimos la agrupación de edificios de madera, dominados por la armazón escueta de una iglesia en proyecto, los empedrados en rampa de las calles que buscan la playa, y en ésta un sinnúmero de canoas, de las que salía la algazara de un mercado de peces y plátanos. El río Telembí, de aguas límpidas ofrecía baño a una partida de chicuelos alegres que daban saltos mortales desde la barranca y *caimanasos* en el remanso. En un planeta ocupado por un gran cobertizo de teja metálica, había otro mercado de frutos de la sierra. Este movimiento de traficantes y bañistas imprime a la ciudad un aire de complacencia risueño, propio de los puertos fluviales. Las callejuelas del poblado parece que condujera a la verdadera ciudad, una ciudad decrepita de piedra berroqueña, con casas señoriales de los antiguos nobles, arruinados hoy, y profanados sus pórticos por la invasión de los sirios con sus tendales de baratijas de contrabando. Pero nada de esto se encuentra; la ciudad es lo que se ve: una agrupación desordenada de casas de madera, de dos pisos, en cuyos corredores inferiores dormitan, entrapujados entre sus ruanas como si sufrieran frío, los primeros hijos de la sierra que traen sus legumbres desde la altiplanicie tuquerreña. Las calles están llenas de bestias de carga y de innumerables ladrillos de sal que ellos empaacan pacientemente para llevar de retorno.

En los contornos de Barbacoas no hay una dehesa, una labranza ni un pequeño ingenio agrícola. Los manantiales de oro parece que esterilizaran la tierra vegetal, fuente de la verdadera riqueza. La

impaciencia del lucro momentáneo no permite en efecto, la existencia de los labradores lerdos del surco fecundo. El perezoso labriego de las tierras frías trae a Barbacoas la comida, sin la cual el altanero adorador del oro moriría de hambre. Los víveres que de continuo entran a Barbacoas por el callejón del camino, se expenden al precio obligado que, mediante una especie de dictadura económica, se les fija en el cobertizo aquel de la planeta que domina el río y se consumen en el acto. Si el suministro alimenticio de los serranos se suspendiera, o, como se dice ahora: si los traficantes de víveres, a consecuencia de aquella tiranía económica o por cualquier otro motivo, se pusieran en huelga, verían los mineros cuanto necesitan y deben halagar a los humildes agricultores de la sierra.

Sin embargo, los mineros de Barbacoas y, en general los costeños aborrecen a los cantaranos, como los llaman, hablan mal de ellos y los tratan con supremo desdén. No se avienen, en efecto, la cicatería y encogimiento de los unos con el desparpajo y generosidad de los otros: más que dos razas, disputan en aquel mercado dos tendencias contradictorias, dos corrientes opuestas, de dos índoles antagónicas. Tal nos parecía ver allí la representación de dos fuerzas sociales que han luchado, hasta agotarse transitoriamente en el seno de la patria, produciendo decadencia temporal, que a la postre ha sobrevenido más como una imposición del cansancio que como una consecuencia del cambio virtuoso de la natural inclinación. En Barbacoas el viajero contempla en parangón y cotejo dos pueblos que, aunque antagónicos, se complementan, se apoyan y se prestan mutuo servicio.

—Yo tengo oro—dice el uno—y con él compro la sal y pago el comercio de que tú disfrutas: sin mí, sucumbirías.

—Yo trabajo la tierra y produzco el pan que tú comes: sin mí no podrías vivir.

Con la sal y el pan se forma entre los dos adversarios eternos el pacto de la vida. Esta es una sátira a la política intransigente de los colombianos.

No quieren los costeños depender de Pasto en lo político; ellos se han declarado caucanos hasta ahora y, hoy, cuando se ha subdividido la antigua federación, anhelan por constituir el Departamento del Pacífico. Si en la diferenciación de entidades municipales debe atenderse la diferenciación de índoles, razas, temperamentos, localización, industrias y tendencias, a fe que nada hay tan heterogéneo como la altiplanicie y la costa. Pero no es el caso de entrar aquí a tratar

de la teoría de la federación municipal, la cual apenas principia a germinar en el campo de la administración pública, y basta a nuestro intento de viajeros hacer notar simplemente aquella aspiración de los pueblos, armónica con sus diversos modos de ser. Los estudios sociológicos en el país conducirían a una constitución política de carácter científico.

Desde que se pisa el suelo de Barbacoas empieza a imponerse el pensamiento del oro. Hasta aquí la idea comercial había predominado; pero en esta barranca de tierra rojiza, todos son mineros y no puede hablarse de otra cosa. Cada ciudadano que pasa por esas calles, de zapatones y paraguas, aunque el día esté sereno, puede considerarse que es dueño de minas, arrendatario, comanditario, socio en alguna forma de una empresa minera o, por lo menos peón de mina, lo cual prueba, además que en Barbacoas hasta los peones negros andan con zapatones y paraguas. No hay raza tan peripuesta y aparentadora como la negra y sus mezclas recientes y, como en esta tierra del jornal libre los más ricos son los jornaleros, causa cierta sorpresa la nota local de negros con paraguas, en pleno sol.

Aquí no hay pobreza; pero tampoco hay ricos. En Tumaco no se encuentra un mendigo y en Barbacoas solamente hay cuatro, inválidos indigentes, que están registrados en el padrón. Todos los demás vecinos tienen oro en polvo en pequeñas cantidades que realizan en el comercio para su exportación.

A varias leguas a la redonda están las minas. "Voy a la mina"; "vengo de la mina"; "esto sucedió en la mina"; "aquello es de la mina". La mina por aquí, la mina por allí, no alcanzarían los segundos para llevar la cuenta de las veces que se oye pronunciar en Barbacoas la palabra mina.

—Yo tengo siete minas—nos decía un amigo.

—¡Oh! Entonces es un Creso!

—No, señor, únicamente consigo, moviéndome mucho, con qué satisfacer modestísimamente las necesidades más imperiosas de la vida. Los procedimientos de explotación no producen sino apenas lo suficiente para el sostenimiento de cada mina. Si dispusiera de capital para montar una de ellas en verdadero y científico pie industrial, entonces yo sería muy rico con una sola en vez de siete.

¡Que nuestro amigo espere el porvenir con sus siete minas! En este voto comprendemos a todos los propietarios de la simpática ciudad del oro. Dentro de breve plazo el empuje humano forzará el Istmo de Panamá y se desparramará por esta rica costa: entonces habrá capital para montar todas las minas del Telembí.

A la presente, no más, el movimiento progresivo del comercio es muy notable; no hace veinte años que sólo se usaban por aquí el indio carguero y el bongo como únicos vehículos de transporté; hoy la navegación a vapor y el camino de herradura- de la montaña han comunicado una viva aceleración al progreso de estas ricas comarcas.

El oro fue el origen de Barbacoas y será el promotor de su grandeza. Los aventureros españoles, husmeadores del precioso metal, desde sus primeras exploraciones del territorio, hechas por Belalcázar en persona, en su expedición maravillosa hacia Cundinamarca, en 1535, parece que anduvo por las vertientes occidentales de la gran mesa de Túquerres, atraído por la fama de ricos que tenían las tribus ribereñas del Patía y Telembí. Por entonces presumen los cronistas que aquel ilustre conquistador fundó en tierras de los Chapanchicas la Villa de Madrigal y que luego de regreso de su viaje de intrigas a España, apoyó con otra fundación cercana, la que encomendó a Jerónimo de Aguado, en 1541, la cual se llamó Agreda o Málaga Nueva, sobre los Cuchilimbies y Cuiles, al norte de aquélla.

Pero las tribus ribereñas, constituidas ya en un principio de República federal, que tenía su Senado de ancianos, disputó su territorio a la invasión castellana y destruyó a los blancos en sus reales. Dispersos éstos, no dejaban, sin embargo, de valerse de la mansedumbre y hospitalidad relativa de los señores de la tierra, para establecer trabajos mineros dentro de sus predios, con aquel tesón indomable de la codicia que hace héroes a los aventureros. Los indios confederados no los dejaban en paz y el incipiente gobierno de Pasto, en expediciones bélicas, intermitentes y mal organizadas, los auxiliaba de vez en cuando, sembrando el odio, la desolación y la muerte entre los bárbaros que se dejaban sorprender. En 1587, un capitán, Diego Galindez, establecido en su real de minas, en las confluencias del Telembí y el Patía, avisa al gobernador que ha sido atacado por los indios y pide auxilios, los que al cabo de un año largo, se le suministran con 20 caballos y 200 indios. La audiencia de Quito manda a Fernando Copin con algunos auxilios, en 1595, para sostener la guerra contra los indios. Juan Crespo y Juan Sánchez invaden la tierra de las barbacoas con 80 hombres de guerra y sólo salen con 4 soldados. Por fin Francisco Paredes con grandes auxilios de Popayán, Pasto y Quito, vence a los rebeldes con horrible carnicería y funda, en 1607, a orillas del Telembí,

la ciudad de Nuestra Señora del Puerto de Nuevo Toledo de Barbacoas, en tierra de los sacrificados. Diez años más tarde, en 1617, tornan los naturales a sacudir el yugo castellano, por lo que Jerónimo de Lorenzana y Gaspar Cisneros celebran un contrato de exterminio contra los barbacoas, incluyendo los chapanchicas, valerosos, aguerridos y educados para la defensa de su patria. Parece que los contratistas no pudieron o, seguramente, no se preocuparon por cumplir su contrato, pues, cuatro años más tarde, insistieron los indígenas en sorprender a los buenos chapetones de la ciudad del oro, y entonces fue nombrado para ejecutar la exterminación el desalmado y facineroso Pedro Martín Navarro, famoso ya por sus crímenes cometidos en la piadosa ciudad de Pasto. Navarro cumplió tan bien su cometido, que pretendió, según parece, hacerlo extensivo a los blancos de barbacoas, por lo que hubo de sometérsele como a un malhechor, lo que ejecutó con gente armada Agustín Argüello. La obra de destrucción de las tribus ribereñas quedó consumada a mediados del siglo XVII; pero Barbacoas siguió valiéndose de los negros para la explotación gratuita de sus minas hasta dos siglos más tarde. Durante ese período hubo en aquella ciudad la prosperidad estéril del oro, el lujo enervante, el orgullo fatuo, la imprevisión de la opulencia ciega. El viajero busca siquiera los vestigios de una industria muerta, los cimientos de algún secular instituto, el recuerdo de cualquier pasada grandeza y no los encuentra.

Indudablemente, el oro es un mágico de caprichosas virtudes, que, colma de efímera ventura primero y luego deja tras sí la tristeza y la ruina, cuando no el oprobio. El oro es la quimera: halagüeño y seductor en promesas, brillante, festivo y deslumbrador a lo lejos, remeda palacios de luz esplendente que se retiran como la ilusión y desaparecen al pretender tocarlos. Los niños desean conocer la roca donde tiene su arranque el arco iris y los hombres buscan el rosicler de la fortuna para cubrir de brillanteces ilusorias las miserias de la vida. Aladino, cuando disponía de su lámpara maravillosa, construyó un palacio de diamantes, que la irónica realidad hizo desaparecer con un soplo. En Barbacoas Aladino construyó, en dos siglos, un alcázar de aire y sus nietos, al tercer día, aparecen en cabañas de guaduas, cubiertas de paja, que los incendios devoran con el soplo de una realidad burlona.—Y después del incendio ¿qué ha quedado?

— ¡Nada!

— ¡Imposible! Detrás de ese bosque, que levanta sus troncos corpulentos desde los suburbios de la población, deben extenderse las dehesas, los cultivos, las calzadas...

— No, señor; sigue el bosque y por allí quedan las minas.

—Pero bajo el bosque vendrán las acequias, los canales de explotación; eso debe estar cruzado por tuberías de hierro y los monitores hidráulicos, los hornos de copelación, en una palabra, la industria misma del oro, gustará de esconder sus magnificencias bajo los naranjos y los cámbulos..., como se hacía hace doscientos años, con una mezquindad de agua recogida en estanques de madera.

—Pero entonces ¿qué se hicieron las fortunas fabulosas que ha regalado ese venero?

—Esas se han malbaratado en opulencias en Lima, en Quito, en Popayán.

—Siempre es tiempo para enmendar la plana: es preciso que el oro deje a éste pueblo, por lo menos, recursos y energías suficientes para sostener en el palenque de la competencia modo de sostener ventajosamente la lucha y es preciso triunfar.

Deseosos de contribuir, a trueque de simpatía, a la recomendación de éste suelo, rico en el fermento y, por lo tanto, codiciado metal, pretendimos coleccionar en estos apuntes el mayor número de datos seductores de capital (aún los anteriores, relativos a la pobreza de los empresarios), tales como la relación, precio, cuantía, propietarios, situación etc., de las minas y los predios sin éxito alguno. “Tendríamos que darle a usted una copia del catastro de la fincas raíces del distrito”, nos contestaban los informantes.

Aquí no hay sino minas de oro; todos los propietarios rurales son mineros, y todos los habitantes, en alguna forma, son copartícipes de las empresas.

